

**mark strand**  
puerto oscuro



kriller71 ediciones

**kriller71 ediciones / colección poesía**

**director de la colección**

aníbal cristobo

**consejo editorial**

carlito azevedo, edgardo dobry, ezequiel zaidenweg  
y veronika paulics

**asistente editorial**

marina miravet cristobo

**revisión**

sílvia galup

**imagen de portada**

“Les lumières de l’été” 2018

Nicolas Le Beuan Bénic

[www.nicolasquelquechose.com](http://www.nicolasquelquechose.com)

[nicolasquelquechose@gmail.com](mailto:nicolasquelquechose@gmail.com)

**isbn**

978-84-121380-0-9


**depósito legal**

B 28704-2019

**kriller71 ediciones**

[kriller71ediciones.com](http://kriller71ediciones.com)

[info@kriller71ediciones.com](mailto:info@kriller71ediciones.com)

 Kriller71 Ediciones

 @kriller71

 @kriller71

DARK HARBOR Copyright © 1993, Mark Strand

Todos los derechos reservados.

**mark strand**

puerto oscuro

traducción y prólogo de  
adalber salas hernández



kriller71 poesía #46



## **al otro lado del puerto oscuro**

**por adalber salas hernández**

La última vez que vi a Mark Strand fue hace ya cinco años, el 9 de octubre del 2014. The New School había organizado un homenaje, un evento pensado para celebrar simultáneamente su cumpleaños –el número ochenta, nada menos– y la reciente edición de su poesía completa. El auditorio estaba repleto. No sólo estaban ocupados todos los asientos; había gente de pie por todas partes. Silencio y suspenso, incluso algo de tensión en el aire, como si esperáramos que sucediera algo, sin saber bien qué. Leyeron varios amigos de Strand –algunos de los cuales reconocí, como Jorie Graham o Charles Wright, a quien estaba traduciendo entonces–, escenificando una especie de antología viva, editada por todos y ninguno: cada quien leía los poemas que le resultaban más cercanos, aquellos que recordaba con mayor frecuencia. Era una curiosa manera de declarar que la obra de Strand ya no le pertenecía o, de hecho, nunca le había pertenecido. Que se debía a los lectores, a su memoria volátil, a su capricho o su criterio –que son casi siempre lo mismo.

Parecía uno de sus poemas. Una situación completamente normal, cotidiana, atravesada por una extrañeza que la subvertía. Casi como si, en medio de la lectura, fuera posible seguir el hilo tenue de un misterio, o como si los poemas fueran a sucederse interminablemente, en una suerte de espiral. Pero la lectura finalizó, seguida de aplausos, seguidos a su vez de ese momento incómodo en que el público se acerca a saludar.

Había conocido a Strand algunos años antes, a finales de marzo del 2011, durante su visita a Caracas. Me había tocado corregir las pruebas de la antología que acababan de publicarle allá. Antes de eso, su nombre apenas me resultaba vagamente familiar. Era de esos que cuelgan justo al borde de la memoria, como las pequeñas arañas que se aferran a las esquinas de las casas. Sabía que era un poeta importante, sabía que era estadounidense y poco más. Pero trabajar con aquellas pruebas me hizo adentrarme en una obra que, desde entonces, no dejaría de acompañarme. Ciertos elementos de su poética se volvieron, poco a poco y a su modo, parte de la mía –aunque esto yo no lo entendería sino varios años después. El singular componente narrativo, reducido a unas pocas acciones cargadas de un valor simbólico que las supera; la cualidad onírica que permea cada imagen, que abraza los objetos y los escenarios como una segunda piel; los espacios domésticos convertidos, de golpe, en el lugar de lo imprevisto; la mirada fija en lo menudo, en lo tozudamente normal, dispuesta a sorprender allí el signo de lo trascendente. Y en medio de todo, la ironía largamente destilada, la media sonrisa, el guiño.

Fue entonces cuando empecé a fantasear con traducir *Dark Harbor*, el libro que ha empezado a existir ahora como *Puerto oscuro*. Suerte de travesía dantesca al más allá que, sin embargo, da con su protagonista en un terreno baldío –viaje a una ultratumba sin dios, pero aún así poblada de ángeles y almas y, sobre todo, escenas, recuerdos propios y ajenos. Condensada y fina meditación sobre los finales, sobre todo lo que acaba, organizada en tercetos. Como si, enfrentado con la naturaleza a-poética de la muerte, con el límite mismo de lo significativo –con el fin del mundo, en una palabra–, Strand hubiera decidido poblar esa frontera con

personajes, metáforas, situaciones en las que el humor recurre para conjurar el horror de lo que termina.

Poco después de aquel homenaje en *The New School*, vi en el periódico que Strand había muerto. Es extraño topar con una noticia así. Los autores que uno ama están de antemano y para siempre vivos; enterarse de la muerte de uno de ellos es ilógico, inquietante: una situación completamente normal, cotidiana, atravesada por una extrañeza que la subvierte. Traducir *Dark Harbor* no fue solamente una labor emocionante, sino también una despedida. Un tributo discreto o, incluso, una manera de agradecer a Strand lo que su obra me ha dado. Un mensaje enviado con la esperanza de que lo reciba al otro lado del puerto oscuro.





puerto oscuro

## Proem

“This is my Main Street,” he said as he started off  
That morning, leaving the town to the others,  
Entering the high woods tipped in pink

By the rising sun but still dark where he walked.  
“This is the way,” he continued as he watched  
For the great space that he felt sure

Would open before him, a stark sea over which  
The turbulent sky would drop the shadowy shapes  
Of its song, and he would move his arms

And begin to mark, almost as a painter would,  
The passages of greater and lesser worth, the silken  
Tropes and calls to this or that, coarsely conceived,

Echoing and blasting all around. He would whip them  
Into shape. Everything would have an edge. The burning  
Will of weather, blowing overhead, would be his muse.

“This is the life,” he said, as he reached the first  
Of many outer edges to the sea he sought, and he buttoned  
His coat, and turned up his collar, and began to breathe.

## Proemio

“Esta es mi Calle Principal”. dijo, y echó a andar  
esa mañana, dejándole el pueblo a los otros,  
y se metió en el bosque rematado de rosa

por el sol naciente, pero aún oscuro por donde marchaba.  
“Este es el camino”, siguió diciendo, mientras buscaba  
con la vista ese gran espacio que estaba seguro

se abriría ante él, un mar severo sobre el que  
el cielo turbulento arrojaría las figuras brumosas  
de su canto, y él movería los brazos

y empezaría a marcar, casi como un pintor,  
los pasajes más valiosos y los menos, los tropos  
sedosos y las referencias a esto o aquello, toscas,

haciendo eco y retumbando por doquier. Las azotaría  
hasta darles forma. Todo tendría filo. La voluntad  
ardiente del clima, soplando allá arriba, sería su musa.

“Esta es la vida”, dijo, mientras alcanzaba la primera  
de las muchas orillas del mar que buscaba, y se abrochó  
el abrigo y alzó el cuello y comenzó a respirar.

I

In the night without end, in the soaking dark,  
I am wearing a white suit that shines  
Among the black leaves falling, among

The insect-covered moons of the streetlamps.  
I am walking among the emerald trees  
In the night without end. I am crossing

The street and disappearing around the corner.  
I shine as I go through the park on my way  
To the station where the others are waiting.

Soon we shall travel through the soundless dark,  
With fires guiding us over the bitter terrain  
Of the night without end. I am wearing

A suit that outdoes the moon, that is pure sheen  
As I come to the station where the others  
Are whispering, saying that the moon

Is no more a hindrance than anything else,  
That, if anyone suffers, wings can be had  
For a song or by trading arms, that the rules

On earth still hold for those about to depart,  
That it is best to be ready, for the ash  
Of the body is worthless and goes only so far.

I

En la noche sin fin, en la oscuridad que empapa,  
visto un traje blanco brillante  
entre las hojas negras que caen, entre

las lunas de las farolas, cubiertas de insectos.  
Camino entre los árboles esmeralda,  
en la noche sin fin. Cruzo

la calle y desaparezco doblando la esquina.  
Brillo mientras atravieso el parque, camino  
a la estación donde me esperan los otros.

Pronto viajaremos por la oscuridad sorda,  
con fuegos guiándonos en el terreno amargo  
de la noche sin fin. Visto

un traje que opaca la luna, que es puro brillo,  
mientras llego a la estación donde los otros  
susurran, diciendo que la luna

es más un estorbo que cualquier otra cosa,  
que, si alguno sufre, puede conseguir alas a cambio  
de una canción o trocando sus brazos, que las reglas

de la tierra aún valen para los que van a partir,  
que lo mejor es estar listo, pues la ceniza  
del cuerpo nada vale y no te lleva mucho más allá.

II

I am writing from a place you have never been,  
Where the trains don't run, and planes  
Don't land, a place to the west,

Where heavy hedges of snow surround each house,  
Where the wind screams at the moon's blank face,  
Where the people are plain, and fashions,

If they come, come late and are seen  
As forms of oppression, sources of sorrow.  
This is a place that sparkles a bit at 7 p.m.,

Then goes out, and slides into the funeral home  
Of the stars, and everyone dreams of floating  
Like angels in sweet-smelling habits,

Of being released from sundry services  
Into the round of pleasures there for the asking—  
Days like pages torn from a family album,

Endless reunions, the heavenly choir at the barbecue  
Adjusting its tone to serve the occasion,  
And everyone staring, stunned into magnitude.

## II

Escribo desde un lugar en el que nunca has estado,  
donde los trenes no llegan y los aviones  
no aterrizan, un lugar al oeste,

donde setos pesados de nieve rodean cada casa,  
donde el viento grita en la cara en blanco de la luna,  
donde la gente es chata y las modas,

si llegan, lo hacen tarde y son consideradas  
formas de opresión, fuente de pesar.  
Este es un lugar que se enciende un poco a las 7 p.m.,

luego se apaga y se desliza a la funeraria  
de las estrellas, y todos sueñan que flotan  
como ángeles vestidos con hábitos fragantes,

que son librados de sus muchos deberes  
para caer en la ronda de placeres disponibles  
—días como páginas arrancadas a un álbum familiar,

reuniones interminables, el coro celestial junto al asado,  
ajustando el tono a la ocasión  
y todos mirando, aturdidos por la magnitud.